

nito Juárez una representación pidiéndole que bajara de la silla presidencial, siendo cabalmente uno de los fundamentos de esa petición, el derroche escandaloso de los centenares de millones de pesos que componían los bienes del clero.—Debemos advertir que entre todos los miembros del congreso no había *un solo individuo* del partido conservador.

Pero mucho se engañara el que creyera que esa ley fué la causa eficiente de una resolución tan importante, cual fué la de combinar la intervención. Los males que de muy atrás nos aquejaban y nuestras continuas discordias, fueron la semilla que al fin produjo la intervención europea en México; y como para que se realice un grande acontecimiento providencial, es necesario que ocurran otros hechos extraordinarios que lo faciliten, concurrieron para producir el que ahora nos salva, la asombrosa guerra de los Estados Unidos y los torpes desaciertos de la administración pasada. La supina ineptitud de esa administración se figuró que puesto que la suspensión de pagos de los adeudos reconocidos por convenciones diplomáticas, ocasionó el tratado de Londres, con derogar la parte de la ley que se refería á esa suspensión, se desvanecía la causa de la intervención, y por consiguiente todo debía volver á su antiguo ser y estado.—Este solo hecho prueba la superficialidad de los estadistas que tan poco alcanzaban en su previsión.

Tres grandes potencias como la Francia, la Inglaterra y la España, no se hubieran reunido para hacer la guerra á la administración de Juárez, si á tan mezquinas proporciones se concretasen sus pretensiones. Cada una de ellas es por sí sola sobrado fuerte para obtener el pago de lo que se le debe y para deshacer sus agravios.

Su empresa era otra, y bien claro se deducía cuál era la mente de la intervención por el contesto mismo del tratado.

Y sin embargo, sorpresa fué lo primero que produjo, porque muy contados eran los que estaban iniciados en los pasos que se daban en Europa para lograr este resultado.

VIII.

La variedad de ideas y de convicciones que se observa en los hombres cuando ocurre un hecho social de grande importancia, es muy digna de estudiarse en sus causas y en sus efectos. El amor á la patria y los deberes para con ella no son en verdad sentimientos nuevos en el mundo, y sin embargo, vemos en la historia que bajo distintos conceptos y en disposiciones

absolutamente contrarias, se invocan ese amor y esos deberes como norte de la conducta de hombres que siguen caminos muy diversos y hasta diametralmente opuestos. Apliquemos esta observación á dos grandes hechos de nuestra historia, á la guerra de nuestra independencia y á la actual intervención europea en México.

Cuando comenzaron los disturbios en 1810 por el grito de Dolores, la fidelidad al rey, la obediencia á nuestros superiores, el respeto á nuestros iguales, eran el principio y el sentimiento dominantes en nuestra sociedad; porque tal la habían constituido sus fundadores, porque así la habían formado las instituciones á cuya sombra había crecido y medrado. Las relaciones entre el superior y los subalternos, los respetos y las consideraciones de hombre á hombre constituían los lazos que estrechaban las obligaciones sociales. Pero á medida que la ilustración se fué extendiendo y penetrando por las varias clases de la población, la independencia en las opiniones y la libertad de discurrir contribuyeron para que se formara otro estado moral, en cuya virtud los hombres se separaban de la influencia que sobre ellos ejercía la idea de la obligación hacía las personas, para seguir la de un pensamiento mas general, la influencia del amor á la patria y la de los deberes que nos impone. La fidelidad al rey y la fidelidad á la patria, cuando el rey y la patria dejaron de ser para los mexicanos una misma idea, una misma cosa, produjeron una división que estableció en nuestro país profundas diferencias entre sus hijos, calificadas por los nombres mismos con que se designaban; pues unos se llamaban patriotas y otros realistas.

Para estos, el respeto á lo pasado, el influjo de la costumbre y sobre todo la generosa intención que acompaña siempre á la idea de fidelidad, eran estímulos poderosos para obligarlos á defender en conciencia la autoridad real.

Para aquellos, el amor á la patria, los deberes que nos impone ese ente moral, colectivo, que toma cuerpo, que adquiere una personalidad real y efectiva para los hombres que todo lo sacrifican por su país; la fidelidad á la persona del rey, la obediencia á los superiores y el respeto á los iguales, cedieron el campo á un sentimiento grande y bello que ejercía en sus almas un imperio superior al de los antiguos lazos sociales.

Así pues, tanto bajo la bandera del rey como bajo el pendon de la independencia, los mexicanos estaban impulsados por nobles y generosos arranques; pero los sentimientos que los animaban diferían completamente así en sus causas como en sus fines; pues los unos sacrificaban su vida y sus intereses por permanecer fieles y conservar el país á su rey, al paso que los otros hacían los mismos sacrificios por ser independientes y tener patria.

Desde que esto se consiguió en 1821, la nación mexicana se ha visto cons-

tantemente trabajada por el espíritu revolucionario; y ora sean los conservadores, ora los puros, ora los moderados, todos los gobiernos que han regido sus destinos, han cometido á su vez errores y desaciertos, como si á porfía se hubieran empeñado en sumir al país en la espantosa anarquía que nos devoraba. La desmoralización pública y la desorganización social que nos minaban y corroían como cáncer devorador, habían producido hasta en los corazones más esforzados y en los pechos más animosos un letal desaliento que los hacía desear del porvenir de la república.

En medio de estas graves perturbaciones que nos afligían, se presentó el grande acontecimiento de la intervención; y este suceso, aun antes que se supiera á punto fijo cuáles eran las miras de Inglaterra, Francia y España en la empresa, causó en los hombres buenos de todos los partidos distintas y hasta las más opuestas impresiones, reflejándose estas con exactitud en el juicio que formaban sobre la intervención.

Y aquí como en la guerra de nuestra independencia, es menester hacer justicia con franca y leal imparcialidad.

No hagamos mérito de los que por bastardos intereses se oponían y se oponen todavía á la intervención: esa es la parte dañada de la sociedad que en sus últimas agonías no piensa más que en esquilmar á los pobres pueblos por donde pasa en su fuga, cayendo sobre ellos como langosta voraz.—Hablemos solo de los hombres de bien.

En los primeros momentos de la intervención, cuando en México no todos veían claro en el asunto, las opiniones se dividieron.

Había mexicanos honrados y de buena fe que pensaban de tan distinta manera que parecía imposible que estuviesen animados de los mismos deseos de prosperidad por la patria común, discrepando solo en los medios de lograr tan noble propósito. Unos se figuraban que la intervención era la mayor calamidad que pudiera sobrevenirnos, y otros, que era lo único que nos podía salvar: aquellos, porque la contemplaban como un elemento más de discordia en el país, porque engañados sobre sus fines, la juzgaban ignominiosa, porque el temor de que degenerara en conquista, despertaba en ellos los nobles y generosos sentimientos de patriotismo y de independencia que tanto honran á los buenos ciudadanos; y estos, porque creyeron desde un principio que respetaría la integridad de nuestro territorio, la nacionalidad y la independencia del país, y porque estaban persuadidos que solo con su ayuda se podría establecer en México un gobierno robusto y estable á cuya sombra medraran todos los verdaderos intereses del pueblo, un gobierno que por la moralidad que introdujera en todos los ramos de la administración, afanzara la paz pública y diera vigor, animación y vida á las fuerzas

legítimas y productoras del país, á la vez que reprimiera la anarquía y las fuerzas perversas y destructoras de nuestra sociedad; un gobierno, en fin, que fuese respetable y respetado en el interior como en el exterior, y que supiese manejar el poder y mantener el orden al mismo tiempo que favorecer el desarrollo natural y progresivo de la verdadera libertad.

Además de los hombres que participaban de estas dos opuestas opiniones, había otros, no menos honrados y de buena fe, en quienes la duda y los deseos del bien de la patria mantenían en triste perplejidad. Juzgaban que entregados nosotros á nosotros mismos, por nuestras locuras y desaciertos, no podríamos nunca organizarnos de una manera digna de un pueblo libre, soberano é independiente, y que aun cuando la experiencia acabara á la larga por darnos mayor cordura, como tenemos en el Norte unos vecinos demasiado interesados en mermar nuestra extensión territorial, el tiempo nos faltaría para constituirnos de modo que nos respetasen todos los que tuviesen la intención de apoderarse de parte de nuestro país, ya fuera por medio de las armas, ya por compra, ya por anexión, ó bien por absorción. Este porvenir más ó menos cercano que con dolor vislumbraban en el horizonte todos los que con sangre fría meditaban en México sobre sus destinos probables, afligía á los mexicanos desinteresados de todos los colores políticos, y los hacía pensar con seriedad en la presente intervención.

La intervención, decían, no puede venir con solo el objeto de cobrarse las potencias aliadas lo que México debe á cada una de ellas, pues no necesitaban unirse para eso. Además, nuestras rentas públicas en el estado de revolución perenne en que vivimos, no son suficientes para cubrir los gastos de administración y los intereses de la deuda extranjera, y lo serán mucho menos agregando los gastos de la intervención, que serán superiores á toda esa deuda; por manera que las potencias coligadas gastarán más de lo que pretenden cobrar, resultando así contraproducentem la medida.

Otras son pues, las miras de la intervención.

Por de contado que ni la Francia, ni la España, ni mucho menos la Inglaterra, acometerían una empresa de ese tamaño fundándola en cálculos tan erróneos. De aquí sacaban por consecuencia natural que esa empresa debía tener por objeto el establecimiento en México de un gobierno tal, que garantizase á las potencias aliadas el presente y les diese seguridades para el porvenir.

¿Pero cómo podría conseguirse tan difícil resultado?

Si la intervención partiera de potencias republicanas, desde luego podría asegurarse que esa forma de gobierno no correría riesgo de un cambio en México; pero viniendo de las tres potencias occidentales de Europa, era

de suponer que sus tendencias todas se enderezarian á favorecer la adopcion de la monarquía en el país.

Tal era la conclusion que sacaban los hombres de buenos deseos, pero no de acción, los hombres de dudas, y por consiguiente sin resolucion para tomar por sí solos la iniciativa en un punto de tanta gravedad. Estos son los hombres pacíficos que componen siempre la inmensa mayoría de una nacion: necesitan ser impulsados, si no, nada hacen, y prefieren padecer pasivamente, á tomar una resolucion activa para sacudir el yugo que los veja, oprime y aniquila.

Como la alianza de Francia, Inglaterra y España se habia ajustado con aparente intencion hostil, la vacilacion era natural; y ora combatidos por el flujo del temor, ora animados por el reflujó de la esperanza, los hombres que deseaban encontrar en la intervencion un término á nuestros males, juzgaban que debia tener un pretesto ostensible, y un objeto verdadero oculto, de alta política de las mas trascendentales.

El pretesto ostensible es cobrar lo que se les debe y pedir satisfaccion por los agravios inferidos.

El objeto oculto de alta política, es combatir en el continente americano la idea republicana, favoreciendo la fundacion en México de una monarquía constitucional que con hechos pruebe las ventajas de esa forma de gobierno sobre la que han adoptado todas las colonias que fundaron en el mundo de Colon los Corteses y Pizarros, al emanciparse de la madre patria, halagadas por el ejemplo de los Estados-Unidos, como si fuera posible que pueblos educados por la monárquica España, pudieran estar preparados para gobernarse republicanamente. La esperiencia de medio siglo ha demostrado hasta la evidencia que la forma republicana no puede afianzarse entre nosotros, y esta esperiencia no ha hecho mas que confirmar la verdad política de que el tiempo no consolida sino lo que él mismo contribuye á edificar.

El partido republicano en Europa es mas insidioso de lo que á primera vista aparece á los observadores superficiales; pero como siempre que se ha presentado en escena lo ha hecho bajo los auspicios de la revolucion, ha dado de sí la idea de que republicano y revolucionario son una misma cosa, y el temor que inspira el uno se estiende tambien al otro.

Dejando á un lado los revoltosos de profesion y hablando solo de los hombres de buena fe en sus opiniones y en sus determinaciones, no se puede negar que en el partido republicano por conviccion hay tambien hombres, como en el partido monárquico, que tienen un sentimiento noble y patriótico de la grandeza nacional; mas cuando el partido republicano llega á

ocupar el poder, no da pruebas de justicia ni de cordura en sus actos; porque, con el ansia de llevar al cabo sus promesas, como si un presentimiento interior le advirtiese que el tiempo le es escaso, no puede cumplirlas sino ejerciendo violencias y atropellando todos los respetos humanos. De esta manera, ni el mismo engrandecimiento de la patria tiene duracion, porque para que sea estable, es necesario que se apoye en la moral y en la justicia, cosas que están reñidas con la violencia y los atropellamientos.

De suerte que el partido republicano halaga, porque promete todo lo que el pueblo desea, y repele, porque cuando está en el poder no puede cumplir lo que promete.

Pero los pueblos olvidan pronto sus desengaños y se alucinan con una admirable facilidad con las mismas promesas que en otras ocasiones han servido de señuelo para seducirlos; así es que los gobiernos de las tres potencias occidentales de Europa, por la esperiencia de la historia, no son tan ciegas que desconozcan las maquinaciones del partido republicano, y en tal virtud toman muy de antemano sus precauciones para no verse despues envueltos en los peligros que para ellas traeria consigo su triunfo.

Y como la idea republicana donde impera sin oposicion es en la América, á la América viene la Europa á combatirla, aprovechando con la sagacidad propia de sesudos hombres de Estado, la ocasion mas oportuna que hasta ahora haya podido presentar la historia del nuevo mundo.

En efecto; la república-modelo, la que todos se han propuesto imitar cuando ha llegado la hora del triunfo, es esa del Norte, fundada por el grande á la par que modesto Washington; y que ahora, cuando ya habia adquirido un engrandecimiento colosal, cuando su poder y su influencia eran tenidos en mucha monta por la Europa entera, la flaqueza de su organizacion, oculta bajo el manto de una prosperidad fabulosa, ha venido á revelarse á todo el mundo por motivos que nadie sospechaba que tuviesen tamaña trascendencia. La república de Washington no ha podido resistir al primer grave contratiempo interior que ha tenido en su majestuoso curso, y sus admiradores, en Europa como en América, han sufrido un triste desengaño.

Bajo estos auspicios emprendieron las tres potencias coligadas, en sentir de los hombres cuyas ideas esponemos, que son los mas, su intervencion en México, y no hay duda que la guerra desastrosa que se hacen en los ex-Estados-Unidos, los Estados que tienen esclavos y los que no los tienen, favorecia mucho las miras de Francia, Inglaterra y España, por cuanto las dejaba libres y espeditas en su accion colectiva.

Partiendo de este precedente, calculaban que, si las tres potencias mencionadas habian dado principio á su obra, era porque debian de haber toma-

do todas sus precauciones para que los medios estuviesen proporcionados á los fines, y que por lo tanto la resistencia que se les hiciera en México por los partidarios del gobierno de Juárez, fuera infructuosa.

De esta conclusión á la inacción en la lucha, no hay mas que un paso, y de la inacción en estas circunstancias á ser intervencionista, no habia mas que otro.

Pero aquellos patriotas en quienes bulle poderoso y activo el sentimiento de la independencia nacional, y que creían que la intervencion la menoscababa en gran parte, se exaltaban al considerar tan solo que pudiera haber mexicanos que no pensasen como ellos, y los epítetos de hijos espurios de México y de traidores á la patria con que los reconvenían, espresan débilmente su indignación: á la vez que los hombres cansados de revoluciones y de desórdenes y que desesperaban de la suerte de México si seguía entregado al desenfreno y á la anarquía, y que estaban persuadidos de que solo con la intervencion se podría salvar la patria, pensaban á su turno que los verdaderos traidores y los malos hijos de México eran los que con una resistencia inútil iban á aumentar los males que nos affigian.

Ignorándose cuál seria la mente de la intervencion, era natural que el arranque primero del corazón estuviese en favor de los que no transigian con la idea de que de fuera nos viniesen á imponer la ley ó nuestro modo de ser, aunque en la lucha tuviésemos que sucumbir.

La reflexion venia despues á hacer pensar que, siendo estéril la lucha, no debian empeñarse mucho en ella; porque una sana política aconseja que se acepten con tiempo necesidades inevitables para dominarlas, si es posible, ó cuando menos para dirigir ó modificar sus consecuencias.

No todos se figuraban que la lucha fuera estéril, pues muchos habia que, fundados en sus buenos deseos, creían fácil y hacedero, por las ventajas que ofrece un país tan dilatado como México y con un terreno tan vario, oponer una resistencia, si no invencible, al menos muy suficiente para fastidiar á los invasores y obligarlos á volverse, despues de cubrir las apariencias con un arreglo ó tratado en que se diesen por satisfechos.

Los que no participaban de tal credulidad, pensaban que tan ilusoria confianza hacia mas honor al corazón que á la inteligencia de los que la alimentaban, y pasando de ese extremo al campo de la lógica de los hechos, raciocinaban de esta manera.

Lo único que entre nosotros sostiene las revoluciones, es la esperanza de triunfar que nace con cada pronunciamiento; y esa esperanza está fundada en que, como nuestros gobiernos no han sido nunca la espresion genuina de las verdaderas necesidades del país, sino que han representado alternativa-

mente fuerzas aisladas, intereses exclusivos de partido, en vez de representar á la nacion entera, á la sociedad con sus costumbres, con sus tradiciones, con sus progresos reales y efectivos, con sus principios y con sus intereses legítimos y generales, era indispensable que cayeran, cada uno á su turno; porque esos gobiernos sin base sólida, que entre nosotros se levantaban sucesivamente, lejos de que la nacion toda los aceptara, no eran mas que gobiernos de bandería, que pronto se usaban y se gastaban, en tales términos, que se podian contar los meses, las semanas y hasta los dias que á cada uno de ellos le quedaba de duracion. Por manera que los pronunciamientos en la república no triunfaban tanto por la virtud de los principios que proclamaban, cuanto por el vicio radical de los gobiernos que combatian.

El triunfo, á la larga, era pues del que se pronunciaba, y esta seguridad hacia interminables nuestras guerras civiles. De suerte que si logramos establecer en México, decian, un gobierno con tales condiciones que sofoque en su cuna la esperanza de triunfar contra él, la guerra que se le haga, si es que se atrevan á hacerle alguna, será de corta duracion. Y eslabonando una idea con otra, los que criticaban la credulidad de los que esperaban triunfar en la guerra contra la intervencion, iban á parar, de consecuencia en consecuencia, á que el gobierno cuyo establecimiento sostuviera la intervencion, seria invencible, por estar apoyado en los ejércitos de las tres potencias coligadas, creyendo ademas firmemente que, como esas potencias representan en Europa tres tipos distintos de civilizacion cristiana, pero que coinciden y están en armonía respecto de los principios cardinales de toda buena administracion, el gobierno que dichas potencias protejan en el país, será francamente constitucional, á fin de que sea para México una condicion de paz y de orden, de justicia y de libertad; en una palabra, un gobierno que represente el respeto de los derechos de cada cual y el ejercicio legal de la autoridad.

Estas eran las distintas opiniones que la intervencion produjo, con el agregado de que la idea de conquista que mas queria esplotar el gobierno de Juárez, no tenia mucho eco, por cuanto á nadie se le ocultaba que era una garantía para México que fuesen tres naciones las que se habian coligado y que así unas á otras se servian de contrapeso, para impedir semejante resultado.

Sin embargo, el gobierno de Juárez esplotó por cuantos medios estaban á su alcance los sentimientos contrarios, y cubriéndose con el manto sagrado del patriotismo y del amor á la independencia, llamaba á las armas á los hombres de todos los partidos y ponía en juego la gran palanca de la prensa en Europa como en América, para desvirtuar el influjo poderoso que de

dia en día iba ganando la intervencion, pretendiendo hacer creer que la guerra se la venia á hacer al país y no á su administracion.

Como si hubieran estado de inteligencia, los primeros pasos de la intervencion favorecieron las miras del gobierno de Juarez, que no se paraba en los medios para lograr sus fines.

Cuando se creia en un principio que la cuestion seria solo con los españoles, se trabajó mucho para despertar el antiguo odio de los hijos del país contra ellos, y muy intencionalmente separaban en las proclamas á la Francia y á la Inglaterra, que llamaban *amigas*; mientras que de los españoles se decia que eran *enemigos de lo que lleva el nombre de indio*, que venian á *arrebatar á cada uno de nosotros la pobre ó pingüe herencia que el sudor de nuestros padres nos labrara*;... y despues se agregaba pomposamente: "Se trata nada menos de que la nacion española vuelva á ejercer el odioso dominio "de Señor en nuestro país."

Trozos como éste de la proclama del general D. José María Arteaga, gobernador que era del Estado de Querétaro, se leen en las de todos los demas gobernadores y gefes de tropa, los que al mismo tiempo daban decretos llamando á los mexicanos para que se unieran contra los que venian á atacar la independenciam é integridad del territorio, é imponiendo pena de muerte á todo el que *no ocurriere á empuñar las armas en defensa de su país* y permaneciera en los lugares ocupados por las fuerzas enemigas. Tambien se imponia pena de muerte á todo el que *tuviere correspondencia* con esos lugares, y hasta al que consumiere mercancías del enemigo! Pero el decreto que vino á colmar la medida de todos estos arranques de feroz impotencia, fué el que lleva la fecha de 25 de Enero de 1862 y que se publicó en México mucho despues de la salida del correo extraordinario que llevó á Veracruz la correspondencia del paquete inglés perteneciente á ese mes, revelando esta publicacion tardía el temor de que, si llegaba á noticia de los gefes de las fuerzas aliadas sus ferales disposiciones, se entorpeceria el logro de las esperanzas que alimentaba el gobierno de Juarez de contrarrestar con promesas y halagos los efectos de la intervencion. En esa ley draconiana se confunden, en efecto, la invasion del territorio por los ejércitos aliados con toda clase de crímenes, con los delitos contra la independenciam y seguridad de la nacion, con la piratería y el tráfico de negros, con el plagio de las personas, con la simple concurrencia á las juntas que se celebraren en los puntos ocupados por la intervencion para formar un gobierno mexicano, con la invitacion hecha á súbditos de otras potencias para cambiar la forma republicana del gobierno, y con varias otras cosas de todas las que se formaba en la ley un sangriento baturrillo sazonado con la pena de muerte!

Y no se concibe cómo despues de publicado este monstruoso decreto, se celebraran los tratados de la Soledad con el mismo ministro que le firmó!...

Despues de este famoso tratado, llegó á Veracruz el Exmo. Sr. general D. Juan N. Almonte, que mereció los honores de la esclusion del decreto de amnistía que dió el gobierno de Juarez con fecha 2 de Diciembre de 1861, decreto arrancado al miedo de la intervencion. Los términos en que está concebida esta esclusion, revelan la pasion que animaba al gobierno que la dictó, pues no teniendo de que acusar á la víctima, se le hacia un crimen de lo que en realidad era un timbre. He aquí esos términos:

Art. 2º No comprende esta *gracia* (la del indulto)... 3º *A los mexicanos que firmaron y ratificaron el tratado Mon-Almonte.*

Habia un temor muy fundado y una prevision instintiva en esta esclusion del general Almonte, porque el gobierno de Juarez comprendia muy bien que, á pesar de todos sus esfuerzos, no podria resistir al inmenso poder moral que adquiriria la intervencion, el dia que en ella estuviese representado el elemento mexicano que le faltaba.

Por eso pidió á los gefes de las fuerzas aliadas la espulsion del territorio mexicano del espresado general Almonte.

Por eso ordenó tambien el inicuo fusilamiento del nunca bien llorado general Robles.

Y por eso cometió tantas torpezas, que no tuvieron otro resultado que enajenarle cada vez mas y mas las voluntades; porque la sangre cimienta la opinion que con derramarla pretenden comprimir; porque la injusticia y la violencia, en vez de afianzar, minan el partido que las emplea, y fortalecen el partido contrario.

Los convenios de la Soledad se rompieron el dia 9 de Abril de 1862, como todo el mundo sabe; pero en lo que pocos han fijado la atencion es que precisamente en ese mismo dia el ministro de Estado de España, el Sr. Calderon Collantes, decia en pleno congreso, refutando el discurso del diputado Castro, estas notabilísimas palabras:

"En el convenio, en el arreglo celebrado entre los tres gobiernos, ha sido una de las principales condiciones, la de sostenerse mutuamente en las reclamaciones que respectivamente hubiese de formular cada uno de ellos. Cualesquiera que fuesen las que formulara la España, cualesquiera que fuesen las que presentasen la Francia y la Inglaterra, las fuerzas aliadas debian sostenerlas como si fueran las de su propia nacion."

¡La coincidencia no podia ser mas peregrina!
Despues de este suceso se formó el gobierno del general Almonte bajo los auspicios de la libertad que se gozaba en los lugares ocupados por las

fuerzas francesas, y con un hecho tan significativo, se desvanecieron las acusaciones que se hacian á la Francia, tanto fuera como dentro del país, relativas á sus proyectos de conquista.

Un malvado pretendió entonces cometer un crimen contra la persona del general Almonte y se sospechó que tambien contra el ministro de Francia, M. de Saligny; pero fué descubierto, juzgado y sentenciado, y pagó en el patíbulo su atentado.

Desde que se estableció el gobierno nacional del general Almonte, la intervencion francesa ganó en México todas las simpatías que eran debidas al beneficio inmenso que nos iba á hacer, y en todas partes aguardaban su ayuda para acogerse á su proteccion.

¿Cuál no seria el desaliento de los partidarios y amigos de la intervencion cuando vieron que, á la llegada del general Forey, uno de sus primeros actos fué destruir el gobierno que representaba en la intervencion francesa el elemento mexicano?

El gobierno de Juarez supo aprovechar este incidente para imponer al público la creencia de que la Francia venia á conquistar á México.

Repetida esta asercion por las mil bocas de una prensa subvencionada, llegó á creerse en efecto que era verdad lo que decia el gobierno, pues nada es tan corriente como que el público tenga las ideas mas falsas y erróneas sobre los acontecimientos que pasan á su vista, cuando un interés poderoso los adultera segun su conveniencia. A medida que esos acontecimientos se alejan de nosotros, se van desprendiendo de ellos las fingidas circunstancias con que la pasion los vistiera, y aparecen despues á nuestros ojos libres del mentido ropaje de que los desnuda la sana crítica del filósofo y del historiador. Pero mientras tanto, la mentira, á fuerza de repetirse, acaba por prevalecer, por ocupar el lugar de la verdad en la opinion pública, cuando la buena fe de los hombres de bien se ve asaltada por esa multitud de falsedades, creadas y propagadas por la malevolencia y las torpes pasiones de los partidos.

La duda en unos y la credulidad en otros fueron causa de que hostigados por las exigencias del gobierno de Juarez, protestaran muchos contra una intervencion que habia pasado por tantas peripecias y cuya mente no acertaban á comprender.

Por fin ocupó la intervencion á México y desde luego se presentaron dos caminos para llevarla á buen término. Era el primero convocar á los mexicanos para que organizaran un gobierno nacional, y el segundo establecer una administracion militar por las fuerzas de la intervencion, hasta que ocupado todo el país se consultara la voluntad nacional para fundar el gobierno.

Si se hubiera adoptado este último medio, los enemigos de la intervencion

hubieran tenido un argumento poderoso para sostener que eran mentidas promesas las que hacia la Francia de respetar la nacionalidad y la independencia de México, lo que hubiera sido fácil hacer creer, por el temor natural que se despertaria en todos los mexicanos de que se convirtiera en conquista la ocupacion. Y tan cierto es esto, que á pesar de haber seguido la intervencion el primer camino que dejamos señalado, todavía hoy las proclamas de los mexicanos extraviados que pretenden sostener la guerra contra el imperio y la inmensa mayoría de la nacion, no tienen mas que ese pretesto para cohonestar su conducta.

Se adoptó, pues, y con razon, el primer camino, y se procedió á establecer un gobierno nacional.

¿Pero cuál debia ser la forma de ese gobierno?

IX.

¿Cuál debia ser la forma de ese gobierno? — ¡LA MONARQUIA!

Nosotros no estábamos educados para la república, y al quererla establecer, nos figuramos que bastaba tomar de los Estados-Unidos sus principios constitucionales; pero la Providencia, que dirige con mano certera los destinos de las sociedades humanas, iba llevando las cosas de México por sendas tan poco frecuentadas, que los acontecimientos se sucedian y nos asombraban en su estrañeza, porque queriamos interpretarlos con nuestras limitadas potencias.

¿Cuál ha sido la historia de México desde que se hizo independiente?

En dos páginas se escribe la historia moral de un pueblo.

México fué conquistado y gobernado por una nacion de guerreros que durante setecientos años mantuvo su espada desenvainada para arrojar del patrio suelo al enemigo agareno.

No hay un solo mexicano sensato que al recordar que descende de esa altiva raza que pobló un mundo, no sienta latir su pecho de orgullo y de esperanza: de orgullo, porque la España, cuando vino á México, era la nacion mas poderosa del orbe, y hay digna satisfaccion en proceder de tan noble linaje; y de esperanza, porque abatida esa misma España por largos reinados infecundos, ha vuelto á renacer á la vida, presentándose de nuevo en el concierto de las grandes potencias de la tierra con sus credenciales de Joló, Cochinchina y Marruecos, y México á su vez tiene hoy abiertas las puertas para regenerarse y ser en América lo que será España en Europa.

Al venir España á México se admiró de hallar el imperio mas poderoso y